

Opinión

Tiempo de respuestas

OBSERVO, y pareciera que en vez de ir saliendo, seguimos atrapados. Como el suplicio chino del gota a gota, la información va horadando a la política, y en especial al gobierno y su coalición, que son los actores relevantes de estos tiempos.

Los casos se suceden. En el aquelarre todo se entremezcla: confesiones, nombres de testaferreros y sus mandantes, filtraciones irresponsables, acusados convertidos de inmediato en culpables, "rasquerías" y ataques de nervios.

A pesar de todo, la masividad no me suena a sinónimo de corrupción desatada donde alguien se haya enriquecido, sino de prácticas de financiamiento cuestionables pero usuales en tiempos que ya terminaron;

parte de ese lado oscuro de la política que Maquiavelo sintió como la otra cara de la "vocación de servicio público" con que le gusta vestirse.

Estoy seguro que la reacción ciudadana sería distinta si creyera que la política está cambiando la realidad en función de lo que ella anhela y votó. Pero las encuestas dicen que no es así. Y cuando la política contradice con leyes y medidas temas sensibles que la mayoría ciudadana creyó votar, y a eso se agregan irregularidades que no tienen visos de terminar, entonces la ira ciudadana se potencia.

Hoy todo lo que ocurra se revuelca sin mucho matiz en el mismo pozo, que se hace más negro si no hay una reacción acorde con la emergencia. Lo pensé al leer la compungida confesión parlamentaria de que las platas recaudadas para la reforma educacional no les alcanza e insinuando nuevas reformas tributarias, cuando la economía aún sufre las secuelas de la reciente. Más de uno dirá, es que el dinero nun-



ca les alcanza, ni para sí ni para saciar una burocracia que engorda. Otros sacarán conclusiones sobre los nuevos riesgos de invertir. El pozo negro.

La ciudadanía puede estar conmovida, políticos y empresarios se pueden considerar muy desautorizados por los repudios ciudadanos, pero no está en manos de la opinión pública construir respuestas. Son los líderes y las fuerzas organizadas del Estado y la sociedad las que pueden darlas, incluso para abrir paso a la participación ciudadana en ellas.

Son los líderes y las fuerzas organizadas del Estado y la sociedad las que pueden dar las respuestas que se requieren en el actual escenario.

En lo que ya ocurrió, es hora de la justicia (y del linchamiento), no del perdón. Pero hay responsables de que esto no vuelva a ocurrir. La política tiene la responsabilidad

mayor. Las comisiones de personas sabias e impolutas pueden ayudar, pero no hay solución fuera de la política. Y también requiere un concurso activo de los otros cuestionados, los empresarios, que no pueden hacer como que el problema no les atañe. Entre otras cosas, porque han sido secularmente criticados, pero ambos son aún más imprescindibles en este siglo XXI. El siglo XX algo enseñó de políticas no democráticas y modelos económicos inviables. Aprendices de profeta pronostican que todo se derrumba. Se equivocan, lo imprescindible no puede derrumbarse, pero es hora de respuestas. Liderazgos, política y empresa están puestos a prueba; la respuesta será medida de la ética y capacidad de quienes tienen deber de darla. El aplauso está lejano, no lo busquen.

El riesgo como oportunidad

LOS DESASTRES naturales y humanos no dan tregua. Cuando la atención estaba en los incendios y erupciones de La Araucanía, la temida lluvia centenaria se manifestó en Atacama con su doloroso saldo de muerte, destrucción e incertidumbre. Mientras aún lidiamos con la fase de emergencia, evaluación y normalización, es hora de planificar para la recuperación y reconstrucción resiliente de las localidades afectadas.

Aquí es donde se generan las mayores dudas y debates; por un lado los que abogan por invertir inmediatamente en cuantiosas obras de mitigación para eventos de poca recurrencia, o los que proponen concentrar los recursos en otros temas más urgentes y socialmente más rentables para las comunidades afectadas. En este sentido es bueno recurrir a lo que la experiencia internacional recomienda como aproximaciones a la mitigación de riesgos naturales. Lo primero es entender que existen dos tipos de medidas de mitigación: las estructurales y las no estructurales.

Entre las medidas estructurales destacan primero las obras de mitigación, cuyo objetivo es resistir la amenaza o mitigar su impacto. Por lo general son de muy alto costo, ya que para cauces torrenciales requiere de cuantiosas defensas fluviales, disipadores de energía, diques y lagunas. La variable que define el diseño de estas obras es la retroalimentación histórica de los eventos y su probabilidad de recurrencia.

La segunda familia de medidas estructurales - y no menos costosas - son las medidas de localización, orientadas a planificar, utilizar y respetar los instrumentos de ordenamiento territorial para evitar la amenaza, por medio de un escrupuloso manejo de los usos del suelo. En otras palabras, evitar que las viviendas y servicios críticos se emplacen en zonas de riesgo. Lamentablemente estas medidas son difíciles de



implementar cuando existe arraigo previo y se carece de capacidades de fiscalización.

Otra aproximación son las medidas no estructurales, entre las cuales destacan las medidas operacionales, que apuntan a tener protocolos y capacidad para predecir, esperar, y luego evitar o resistir la amenaza. Estas medidas se basan principalmente en monitoreo, alerta temprana, protocolos de evacuación, -como hemos visto en Villarrica-, así como la debida capacidad para responder a la emer-

La tragedia en el norte es una oportunidad para recuperar los esquivos cauces de nuestro desierto como espacios públicos y áreas verdes.

gencia una vez producido el evento. Finalmente, está la transferencia de riesgos, que más bien traspasa el riesgo económico a terceros como en el caso de los seguros, pero no reduce ni mitiga el daño o pérdidas físicas.

Todavía hay que evaluar qué medidas son las más adecuadas para orientar la reconstrucción de los esquivos cauces de nuestro desierto, pero lo que está claro es que se presenta como una gran oportunidad para recuperarlos como los principales espacios públicos y áreas verdes del norte. Un ejemplo notable es el parque fluvial Kaukari en el centro de Copiapó. Diseñado por el premio nacional de arquitectura Teodoro Fernández y un equipo de ingenieros hidráulicos, pese a tener construido sólo 400 metros de sus más de seis kilómetros de extensión, fue capaz de contener las aguas y evitar por medio de la existencia de un parque público en su lecho, que el cauce fuese ocupado por viviendas y usos irregulares. Sin duda un ejemplo a considerar ante el gran desafío de reconstrucción urbana para nuestro norte.

ESPACIOABIERTO

La elite pasmada

Pablo González

Director Centro Sistemas Públicos Ingeniería Industrial, U. de Chile

EN SU libro "Violencia y orden social", North, Wallis y Weingast presentan una teoría sobre el desarrollo económico que es útil para entender la situación actual de nuestro país. Estos autores constatan que los 25 países económica y políticamente

más desarrollados del mundo no han exhibido tasas anuales de crecimiento espectaculares, sino que lo han hecho en forma moderada, sostenida y estable, evitando los retrocesos que afectan el progreso del resto de los países. Asimismo, destacan la gran cantidad de organizaciones de la sociedad civil que existen en estos países, que supera por varios ceros las del resto del mundo. Es precisamente esta sociedad civil fuerte y bien representada en las instituciones de la democracia la que permite el crecimiento sostenido y estable.

Contrariamente a lo que otros autores sostienen, North, Wallis y Weingast sugieren que la democratización del poder no produce políticas populistas -las que, en último término, producen períodos de crecimiento seguidos de desastrosos retrocesos-, sino que éstas surgen de disputas de poder dentro de la elite dominante, que muchas veces son dirimidas mediante el empleo de la fuerza. Fue lo que ocu-

rrió con el golpe militar en 1973 en Chile, o lo que está ocurriendo hoy -con un sentido inverso- en Venezuela.

Estos autores explican que la mayoría de los países en la actualidad son sociedades de orden cerrado, donde una elite controla el poder y utiliza las instituciones en su provecho. Estas sociedades son inestables por cambios en la correlación de fuerzas dentro de la elite y viven episodios esporádicos de violencia, porque no existe el monopolio del uso de la fuerza supeditado al poder civil. Lo opuesto ocurre en las 25 naciones que han hecho el tránsito desde el "orden cerrado" al "orden abierto". El punto crucial de este proceso es el paso de iguales derechos para la elite a iguales derechos para todos los ciudadanos.

Quizá el marco conceptual que estos autores nos ofrecen, nos ayude a entender mejor a Chile hoy, mirarnos con más optimismo, recuperar la brújula y tomar las

medidas apropiadas. Nuestra elite está pasmada y reclama por los signos de su distinción, que ya nadie tolera. Entender eso ayudaría a que las conductas de todos estuviesen a la altura de los tiempos. Pero más importante, permitiría apurar, con buenas decisiones, la construcción de una sociedad de iguales con una sociedad civil fuerte que controle al poder político y ponga límites a una elite hoy percibida como desmesurada y voraz, pero que en el fondo sólo es humana.

En nuestro país está latente la capacidad de conducción, gobernanza y recaudación que podría llevarnos a la anhelada igualdad, que no es la de resultados del socialismo fracasado, sino la de derechos y oportunidades, que con distintos énfasis comparten liberales y socialdemócratas.

Esto requiere mucho más que mayor transparencia, mejor regulación o reglas claras de financiamiento de la política; requiere compartir el poder.